

Denis WORONOFF, *Histoire de l'industrie en France du XVIe siècle à nos jours*. Editions du Seuil, Paris, 1994, 672 pp.

En una entrevista publicada en el número 7 de esta RHI, Louis Bergeron, profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales y presidente del International Committee for Conservation of the Industrial Heritage, definía su aporte a la historia de la industria y la industrialización francesas como expresión de una postura de total inconformismo respecto de la historia económica de los años 1950 a 1980, en la que dominaban las interpretaciones basadas en el análisis cuantitativo, “la sumisión incondicional a lo seriado” y, en definitiva, “el análisis factorial aplicado a los factores de producción”, y proclive, en cambio, a una orientación de carácter más social, que realiza el protagonismo de empresarios, técnicos y obreros. En el libro que me dispongo a reseñar, Denis Woronoff, que con Serge Benoit y Serge Chasagne forma la trinidad de los grandes discípulos de Bergeron, se muestra fiel a la postura de su maestro al ofrecernos una historia semimilenaria de la industria francesa —desde la protoindustrialización hasta las reestructuraciones de última hora— que antepone las continuidades a las rupturas, las reformas a las revoluciones, lo “cualitativo seriado” (la manera labrousiana de expresar el engarze entre los individuos) a lo cuantitativo y anónimo, por un lado, y a lo personal y aislado, por el otro. El envite no es de poca monta.

Woronoff le hace frente con determinación, amplísimo conocimiento y oficio. Su obra se descompone en cuatro partes. Cada parte se subdivide en cinco capítulos (excepto la primera que tiene seis); cada capítulo, en dos a cinco epígrafes (hasta llegar a setenta); cada epígrafe, en dos a cinco subepígrafes (con un total de ciento cuarenta y seis). La cuenta tiene el interés de revelar un discurso perfectamente jerarquizado y etiquetado mediante esa suma de doscientos treinta y un títulos, no precisamente anodinos. Quiero indicar con ello que su autor mantiene en todo momento bajo control el torrente informativo que, de otro modo, hubiera terminado por sepultarle. Un sistema de breves introducciones y conclusiones al comienzo y al final de las distintas partes y capítulos sirven, a modo de esclusas, para asegurar un tránsito sosegado entre los diversos tramos del recorrido. Intercaladas en el texto, ochenta y cinco páginas de grabados, pinturas, fotografías y mapas ilustran los puntos álgidos del relato.

La primera parte trata de la era protoindustrial, es decir, de los trescientos años que separan el final del siglo XV y la década de 1780. Un tiempo muy largo en el que el predominio aplastante del sector agrario no se contradice con el comienzo de la “biografía moderna” de la industria. La clave estaría en la aparición de la economía-mundo, traída por los Grandes Descubrimientos, y en el auge demográfico interno, que han creado la demanda exterior y esti-

mulado el consumo doméstico. Basada en la energía muscular pero también en la del agua y la madera (más algo de carbón), la industria manufacturera ha manifestado un dinamismo sin precedentes. El siglo XVIII, en especial, ha sido un período de aceleración casi incesante. La fórmula que domina es la de la protoindustria: la mayor parte del trabajo en las áreas rurales, pero el mando en la urbe. Al final, en vísperas de la Revolución de 1789, la industria francesa se sitúa, en términos absolutos, por delante de todas las demás. El índice por habitante traslada, sin embargo, esa primacía a la Gran Bretaña. Este país ha construido el éxito de sus manufacturas sobre unas clases medias que no tienen parangón en ningún otro. De ahí que la apuesta francesa en favor de los productos de calidad, destinados a las clases altas, deba entenderse como una estrategia inteligente. Prisionero de su mercado, el sector industrial francés tendrá que renunciar, cuando llegue el acelerón tecnológico, a la vía inglesa, revolucionaria.

La segunda parte se titula, precisamente, "Desarrollo sin revolución" y abarca la centuria comprendida entre 1780c. y 1880c. Al facilitar el acceso a la propiedad de la tierra y evitar, de esta forma, el éxodo y la proletarianización de los campesinos, la Revolución Francesa ha frenado, y no impulsado, el proceso industrializador. Francia se ha industrializado sin romper drásticamente con el pasado. La industria rural ha resistido frente a la industria de fábrica. La escasez de carbón también ha ayudado. La mecanización, el desarrollo espectacular de la industria, el surgimiento de la clase obrera, la concentración territorial (en el Norte y el Este, en detrimento del Midi y la fachada atlántica), que son evidentes, no deben ocultar el peso de los "arcaísmos", las "supervivencias" y las "resistencias". Transición y cohabitación. Desde el punto de vista del producto, el rasgo característico de la industria francesa sigue siendo la calidad. Es una industria poco capitalista, más atenta al "savoir faire" que a la inversión. Por este motivo, su progreso aparece ligado a la protección arancelaria. La adopción del libre-cambio en 1860 (tratado con Inglaterra) pondrá al descubierto la debilidad de grandes sectores de la misma.

La tercera parte tiene como sujeto la "Segunda industrialización" y comprende la sesentena extendida desde la Gran Depresión a los años negros de la derrota y la ocupación alemana (1880c.-1944). Estos límites tiñeron de pesimismo, durante bastante tiempo, la consideración global de la etapa. De una crisis a otra (sin olvidar la Gran Guerra, 1914-1918), el avance industrial de Francia, ineluctable por lo demás, se habría visto obstaculizada por una serie de frenos: la parsimonia del cambio agrícola, la impotencia de la empresa familiar, los efectos anestésicos de la política proteccionista, el imperio como mercado-refugio para las industrias menos competitivas, el malthusianismo de las mentalidades paralelo al de las parejas, etc. Hoy, en cambio, el balance retrospectivo es mucho más favorable. Los frenos han alternado con los impulsos. La época asiste al triunfo de la mecanización en todos los ámbitos y en todas las secuencias de la industria. Francia se electrifica con reticencia, primero, y con entusiasmo, después. Su retraso relativo en las industrias eléctricas y parte de la química se compensa con una posición privilegiada, de vanguardia, en las industrias automovilística y aeronáutica. El automóvil es el mejor símbolo del momento. Se trata de un objeto complejo en sentido técnico, fruto del artesanado, que suscita innovaciones tanto en los materiales cuanto

en las políticas de oferta y los métodos de producción. El coche francés se exporta bien. Esta constatación tiene la doble virtud de contrariar el tópico de un empresariado timorato, replegado en sí mismo, y de recordar, *a contrario*, la debilidad del mercado interior. El crecimiento insuficiente de la demanda limita la propensión de la empresa a modernizarse. La producción en masa exige el consumo masivo.

Treinta años "gloriosos" (1944 a 1974) y veinte años de zozobra (1974 a 1994) constituyen el contenido de la cuarta y última parte del libro de Woronoff. Como en la mayoría de los países del entorno, en Francia la industria ha explotado y se ha transformado en las tres décadas que siguieron a la Liberación, para entrar en convulsión a partir de la llamada "crisis del petróleo". Aunque equivalente, en promedio, al de los países competidores, el triunfo francés de la primera fase se singulariza por una mayor intervención del Estado. Planificación y nacionalizaciones (más ayuda americana, especialmente valiosa en materia de transferencias de tecnología). El dinero público se implica con generosidad en un sector tradicional, aunque renovado (la siderurgia), y en otros nuevos: la energía nuclear, las industrias aeronáutica y espacial, la informática. La baza de Europa, que barre prejuicios y abre mercados, se muestra decisiva. Superada la Reconstrucción y sus costes sociales, la ciudadanía entra en una era de prosperidad y consumo insospechados. El punto débil, como se verá más tarde, es que el Estado y un número excesivo de industriales acaban utilizando la Comunidad Europea como coartada para ignorar las transformaciones, más radicales aún, que se están dando en Estados Unidos, Japón y un número creciente de países del sureste asiático. También hay que decir que la modernización de las estructuras, en el curso de los años 1960, tiende a reducir el empleo y a aumentar el desinterés del obrero por los procesos productivos. El estallido de mayo de 1968 se alimenta, en buena parte, de esa insatisfacción.

Las dos crisis petroleras de 1974 y 1979 pautan el comienzo de la depresión que, con altibajos, se prolonga hasta hoy. Pero el problema va mucho más allá de la energía. El modelo "fordiano" ha periclitado. Otras maneras de producir y de consumir están emergiendo. Los competidores se multiplican. Aunque Europa es necesaria, la partida es de alcance mundial. Para una industria de vieja tradición, como la francesa, que siempre ha apostado por la calidad, la salida está en los altos valores añadidos y en la exportación de "saber hacer", que dura más y se copia menos que una mercancía.

Me he esforzado por desgajar el hilo conductor del libro reseñado. Tengo el sentimiento de no haber hecho justicia a la riqueza de su acervo informativo, al cúmulo y a la brillantez de las ideas expuestas, a la belleza de la escritura. La obra constituye un inmenso friso que impresiona cuando se considera globalmente y maravilla en la contemplación de los detalles. Leído con calma, a pequeños sorbos, el trabajo de Woronoff resulta tan provechoso como placentero. El encantamiento sólo cede en las últimas páginas, dedicadas al "desgarrón" contemporáneo. La culpa es de la inmediatez, de la falta de perspectiva.

JORDI NADAL